

# La última vez que estuve en la biblioteca



Ayuntamiento  
de Burgos



**La última vez que  
estuve en la biblioteca**

**Biblioteca Municipal de Burgos  
(compilación)**

Esta obra se recogen los textos incluidos en el espacio web Creando página, nacido al calor del 20º Aniversario de la Biblioteca Municipal de Burgos.

Edición electrónica [ePub]: 2014

© De los textos: sus respectivos autores

© De la compilación: Biblioteca Municipal de Burgos

© De esta edición electrónica: Instituto Municipal de Cultura y Turismo del Ayuntamiento de Burgos

ISBN 978-84-92973-20-0



Ayuntamiento de Burgos  
Instituto Municipal de Cultura y Turismo  
BIBLIOTECA MUNICIPAL  
biblioteca.aytoburgos.es

## Contenidos

### *Introducción*

*Imaginación y memoria* – Carlos Contreras Elvira

*De los bellos libros de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo»* –  
Carlos de la Sierra

*Biblioteca* – Eduardo Munguía

*Volveré algún día* – Eliseo González

*Amor de libro* – Esther Pardiñas

*Preguntas y respuestas* – Fernando Ortega Barriuso

*Bibliotecas* – Ignacio Galaz

*Free to all* – Ignacio González de Santiago

*Bibliotecas y bibliotecarios* – Jesús Carazo

*De amores* – Jesús Pérez Sáiz

*Un cuerpo en ningún lugar* – José Gutiérrez Román

*La biblioteca de Epi* – José María Izarra

*(Adolescencia) Del Espolón a San Juan* – José María Plaza

*Donde la vida más empuja* – Juan Carlos Pérez Manrique

*Libros y bibliotecas* – María Jesús Jabato

*Homenaje de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo»* – Moisés  
Pascual Pozas

*Veinte años* – Óscar Esquivias

*El libro sabio* – Pedro Olaya

*Somos los libros que hemos leído* – Ricardo Ruiz

*La isla del tesoro* – Rodrigo Pérez Barredo

## ***Introducción***

Para muchos afortunados, la Biblioteca es uno de esos espacios desde muy pronto arraigados en nuestra memoria como uno más de los lugares en los que se empezaba a construir nuestra vida de forma similar a como se construía en la calle en la que jugábamos, en la escuela y en su patio, en el campo que disfrutábamos o en las habitaciones de estar en nuestra propia casa. Por ellos crecíamos de igual forma que lo hacíamos en las páginas de aquellos primeros cuentos y relatos, novelas y poesías que íbamos descubriendo en casa o en la biblioteca pública, y que de alguna forma nos servían de balcón para empezar a percibir y entender nuestro sitio, ese que día a día teníamos que habitar, que vivir y que ir creando.

Por ello, la Biblioteca es parte de nuestro paisaje y vida, y para hablar algo sobre ella, sobre lo que para cada uno es y representa, con motivo del vigésimo aniversario de la inauguración de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» —y con ella de la red de lectura pública municipal—, este *e-book* quiere recoger la reflexión de veinte burgaleses, escritores y personas especialmente vinculadas al ámbito del libro y de la lectura, capaz de aportar, en su conjunto, las distintas percepciones de lo que es y supone la querida Biblioteca Pública.

# *Imaginación y memoria*

**Carlos Contreras Elvira**

La última vez que estuve en la Biblioteca Pública de San Lesmes, ya bajo su aspecto actual, recordé algo que ocurrió mucho tiempo antes, cuando regresé a casa tras salir por primera vez de la zona infantil a la que entonces se accedía por la parte trasera. Debía tener unos diez años. Estaba leyendo en mi habitación un grueso volumen de *Astérix y Obélix* que había tomado prestado, cuando sonó el teléfono. Hacía varios meses que mi abuela paterna estaba enferma así que, siempre que alguien llamaba, aguantaba la respiración unos segundos para escuchar mejor el tono con el que contestaba mi madre. Como en aquella ocasión la réplica se redujo casi hasta el susurro, quise desoírla regresando de inmediato al libro: los romanos volaban por los aires de las Galias al ritmo de los puñetazos que recibían y, aunque yo ya sabía lo que acababa de ocurrir, su lectura me sirvió para ganarle unos minutos a la realidad.

Veinte años después, los libros siguen siendo el único lugar en el que uno puede estar tranquilo, por lo que entiendo que aquel fue el primer momento en que la literatura me sirvió como refugio. También que de aquellas historietas viene mi predilección por el teatro y el cine —pues no dejan de ser eso a

lo que los guionistas llaman *storyboard*— y que sin rellenar sus fichas con la correspondiente signatura nunca hubiera intentado una firma propia, ni viajado a tantos y tantos mundos visibles e invisibles —de las cintas VHS del programa *A fondo* a los versos de un montón de autores contemporáneos que desconocía y que terminaron por encender en mí la mecha lenta de la poesía—.

Sin embargo, soy incapaz de recordar quién me animó a ir allí aquel día o por qué elegí ese cómic, conque tampoco sé muy bien a quién agradecer mi amor por la lectura. Lo que sí sé es que las cosas más importantes de la vida no tienen explicación; que ese refugio de refugios lleno de voces que son también la mía me ha hecho como soy y que actualmente, cuando encuentro en sus estantes algunos de mis libros, pienso que es una forma muy pobre de corresponderle. También lo son estas líneas, pero quien quiera que me empujase a sacar el primer carnet —ese que en algún cajón de mi escritorio aún me conserva pequeño y repeinado—, entenderá que en su lugar le dé las gracias a aquello que me enseñó, esto es, al organismo que hace posible que la imaginación de los ciudadanos se extienda a la vez que su memoria. Lo dijo el paradójicamente releído Borges: “que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”. Y gran parte de mi modesto bagaje está en la Biblioteca Pública de Burgos.

## ***De los bellos libros de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo»***

**Carlos de la Sierra**

La última vez que estuve en la Biblioteca... Mejor, quiero recordar antes la primera vez que estuve en una Biblioteca Pública. Una tarde exactamente igual a la de hoy: Burgos en otoño, su cielo de un límpido azul brillante, la luz nimbada de un brillo sin igual declinaba hacia el inexorable fin de la tarde. Los grandes ventanales de la Biblioteca dejaban pasar la luz exterior: anaranjada, ambarina, brillante, portentosa. Olía a madera, a maderas oscuras, poderosas, cargadas de misterio. En los altos estantes, libros: cientos, miles de libros, alineados, perennes, atractivos, incitantes, serenos. En aquella mi primera tarde en la Biblioteca del Consulado del Mar, aprendí, además de a amar la luz, el significado del silencio.

La última vez que estuve en la Biblioteca «Gonzalo de Berceo», nuevamente inmerso en la fascinación de los libros que atesora, recordaba exactamente aquella ensoñación. Enseguida estaba rodeado de paisajes deseados, de seres misteriosos, cambiantes, fascinantes; de animales mitológicos, de piedras rojas como fuego y frías como hielo, de hierbas verdes y tan venenosas como las miradas de los

basiliscos, de ríos de oro, cascadas de plata y olas de nácar; y de prados, en cuyos pastizales de color esmeralda pastaban caballos blancos; y, más allá, se abrían estepas de retamas amarillentas, difuminadas en la línea infinita de un cielo malva que llevaba hasta la patria de las nubes.

Este día de febrero celebramos los veinte años de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo». Y volveré yo a soñar con hombres, mujeres y niños; disfrutaré paseando por sus salas habitadas de seres vivos, leyendo libros inmortales. Igual que hacen miles de lectoras y lectores, investigadores, escritores, poetas y amantes de la literatura, estudiantes y algunos vecinos ociosos. Todo esto sucede cotidianamente en un espacio dinámico, como corresponde al lugar en que habitan los bellos libros, tan amorosamente ordenados y administrados por los trabajadores que gestionan su compleja actividad diaria.

El corazón de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» custodia los libros del alma; desde sus ventanales veo lo mejor de Burgos: la luz y el silencio.

# ***Biblioteca***

## **Eduardo Manguía**

La última vez que estuve en la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» ha sido ahora mismito. Y me ha traído al recuerdo aquellos días en que dos parejas de amigos quedábamos para vernos. Lucía y Sonia quedaban en la biblioteca para estudiar, la primera oposiciones, la segunda su carrera de Pedagogía. Cristóbal leía de vez en cuando libros relacionados con asuntos de Ética y Filosofía. No tenía un filósofo de cabecera, pero hablábamos de Savater, Victoria Camps, Adela Cortina, Luc Ferry... y de repente nos entraban ganas de comprometernos a ser unos tipos dignos.

Y por mi parte leía a personajes tan raros y curiosos como Cassirer, Mircea Eliade, James Frazer, etc. Estaba rastreando todo lo concerniente al mito, el símbolo, la emoción, lo irracional. Libros que solo pude conseguir de prestado en la Berceo. Mira por dónde un modesto poeta medieval servía de puente de conexión con la exigente vanguardia. Me dio por pensar que lo puramente humano tenía que ver con las emociones. Y en ellas es donde nos revelamos como más auténticos.

Después de nuestros trabajos nos íbamos a comer una hamburguesa al Casablanca, un bar de evidente evocación

cinéfila, en pleno Gamonal. Imposible no recordar a Humphrey Bogart, el "tócala otra vez, Sam", a, Ingrid Bergman, París...

Y rematábamos la tarde en una cervecería irlandesa, dando pábulo a todo lo vivido.

Lucía y Sonia aprobaron sus estudios, Cristóbal se hizo un tío de provecho y yo sigo acudiendo a la llamada de escritores sesudos con el fin de aclarar el confuso sentido de lo humano. Mientras este se aclara necesito seguir leyendo. Y la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» es un magnífico refugio. Lleva en pie 20 años, pero para mí es casi toda la vida.

## *Volveré algún día*

**Eliseo González**

La última vez que estuve en la Biblioteca Pública «Gonzalo de Berceo» fue con el malogrado Jorge Villalmanzo, impartiendo un taller literario al que, por designios del azar, solo acudió un alumno.

Eso sí, un alumno ejemplar, aprendiz de escritor. Por lo que inmediatamente renunciemos al patrón de una clase formal, convirtiendo el encuentro en una especie de intercambio de impresiones que adquirió tintes de charla. Recuerdo a aquel alumno, es más, he vuelto a verlo en distintas ocasiones, siempre en presentaciones de libros, sereno y seguro de sí mismo. Como aquel día lo estaba.

La sala olía a goma de borrar. Tras una cristalera, iba y venía una bella bibliotecaria. De hito en hito nos miraba, como si nuestras caras pudieran recordarle algo o a alguien. Solo porque tenga doce años y me guste escribir —parecía decirnos el alumno con sus ojos confiados—, no tenéis que apiadaros de mí. Lo cierto es que tal vez nos recordaba demasiado nuestros propios inicios y, por ende, nuestros torpes errores. Escribe —le aconsejaba Jorge sabiamente—, pero por escribir jamás renuncies a vivir con plenitud tu juventud. Hoy, escribiría Jorge poco antes de morir, daría

cualquier cosa por escuchar de nuevo el sonido de mis pasos sobre la gravilla. Escribe.

Salvo la bibliotecaria, todo allí olía a una especie de rendición pactada. El mobiliario azul, las paredes amarillas, las mesas, los libros, las baldosas, el soso agradecimiento del alumno, su íntima convicción de ser yo.

Creo que a esa biblioteca volveré algún día, dentro de algunos años, con Jorge Villalmanzo.

# *Amor de libro*

**Esther Pardiñas**

La última vez que Ella estuvo en la Biblioteca «Gonzalo de Berceo», él tembló de dicha y tuvo el presentimiento de que aquel sería el día de su encuentro. Estaba seguro. Intuyó su presencia, como todos los días: Ella, subiendo las escaleras. Ella, atravesando las puertas acristaladas y su voz saludando en la entrada. En cuanto oyó el leve taconeo de la chica acercándose a los estantes cercanos a la W, tuvo la sensación de un fogonazo en el alma que ya no podría resistir mucho tiempo. La amaba. Amaba a aquella muchacha.

Había esperado muchas tardes, demasiadas. Tardes grises de lluvia que dejaban regueros sucios en los ventanales, tardes de frío intenso y oscuridad que obligaban a las bibliotecarias a encender muy pronto las luces; tardes soleadas, llenas del graznido de los pájaros, en las que la biblioteca casi permanecía vacía, ajena al bullicio exterior del verano, agradecida a los pocos que, sin prisa, se demoraban entre los estantes buscando el libro perfecto para aquella tarde calurosa. Y sí, esas tardes también habían sido de Ella, había estado allí todos aquellos días, dejando tras sí aquella estela sutil de perfume fresco, alegrando las horas, los

pasillos, las baldosas, con sus pasos; pero nunca había reparado en él.

Él, que vivía por Ella, que latía por Ella, que moriría por Ella. Jamás se había detenido en su estante. Y sin embargo, ese día sí: Era la tarde.

La muchacha pasó de la W a la Y con gracia infinita, y con la delicadeza del que ama los libros sacó, sí, aquella vez sí, el volumen de los poemas de Yeats. El libro de poesía murió al instante de felicidad literaria en las manos de Ella y ni siquiera se enteró cuando le desactivaron la alarma.

## ***Preguntas y respuestas***

**Fernando Ortega Barriuso**

La última vez que estuve en la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» llegué con mis bolsillos desbordados de preguntas, de inquietantes porqués que se me habían ido acumulando en los últimos días.

Quería saber...

La puerta de la biblioteca dejó atrás un microcosmos especial saturado de casas, coches, comercios, personas, que contrastaba con el parque alledaño, que cual oasis, subrayaba ese caos, con la sensación de paz y silencio que transmitía, en el que un grupo de practicantes de Tai Chi dibujaba en el aire grullas, caballos y otras imágenes sugestivas.

Tenía escaso tiempo y atravesé veloz el vestíbulo.

Quería saber cómo cuidar un bambú sagrado, conocer la vida de Miró para comprender mejor sus pinturas, disfrutar —una vez más— de los poemas de José Gutiérrez, constatar datos sobre la historia burgalesa, deshacer dudas sobre distintas palabras...

Quería saber. Y estaba seguro que la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» me lo iba a facilitar.

En la hora que tenía para ello leí, hojeé, acaricié lomos, visualicé tejuelos, jugueteé por las estanterías, disfruté de

portadas, recorrí pasillos, comenté con la bibliotecaria contenidos. Los nombres de los poetas me invitaban a entrar en sus mundos íntimos, los títulos de historia a ampliar mis visiones sobre el pasado, los de arte a aumentar mi paleta de colores, los de la cocina me hacían soñar con sabores complejos... Libros y libros que me provocaban a nuevas lecturas, a comenzar otros caminos, a imaginarme mundos diferentes.

Al final, el reloj fue el árbitro neutral que me obligó a abandonar ese espacio mágico, rico, atractivo, maravilloso... La realidad se imponía. Tenía que llegar a otro lugar.

Abandoné con urgencia la Biblioteca «Gonzalo de Berceo», de nuevo cargado con nuevas preguntas.

Al atravesar, de nuevo, el vestíbulo, leí de reojo uno de los carteles que ilustraban sus paredes: “Estoy más orgulloso de los libros que he leído que de los libros que he escrito. Jorge Luis Borges”.

La frase me acompaña desde entonces.

# ***Bibliotecas***

**Ignacio Galaz**

Cuentan que Borges pensó el Paraíso como una suerte de gran biblioteca (se supone que próxima a la infinitud, aunque ignoro si se refería al jardín de las delicias de donde fueron expulsados Adán y Eva o más bien a la vida eterna destinada a los bienaventurados).

Aquellos a quienes gusta la arqueología, es seguro que conocen la existencia de una de las primeras bibliotecas del mundo en la antigua Mesopotamia, cuyos libros eran tabletas de barro cocido. Fue reunida por un rey, así que puede considerarse un objeto suntuario, circunscrito a una elite de copistas y aristócratas letrados.

Una de las características de las bibliotecas públicas de nuestro tiempo es que resultan accesibles a todas las capas sociales que saben leer (en los países desarrollados la gran mayoría de ciudadanos). Este acceso cuasi universal a la cultura escrita es un logro extraordinario, de ahí que una alfabetización deficiente lastre aún la evolución de los países del tercer mundo.

Algunos opinan que las tecnologías más avanzadas van a dejar a un lado el soporte de conocimiento que denominamos libro. Pensemos en Internet, la red de redes, que permite el

acceso inmediato a obras de consulta tan gigantescas como *Wikipedia*, o en los *e-books*, en cuyas delgadas tripas puede almacenarse una cantidad ingente de información. En todo caso las bibliotecas públicas —pienso en las de nuestra ciudad— tratan de conjugar estos soportes nuevos con los clásicos, pues lo esencial es culturizar al lector, hágase a través de papel, que debería ser reciclado, o de una pantalla de ordenador.

Esta pequeña reflexión se une a otros diecinueve textos de escritores burgaleses con motivo del vigésimo aniversario de la apertura de la biblioteca municipal «Gonzalo de Berceo», la cual, pese a su aparente juventud, necesita ser remozada ya.

Dicen que fue el riojano Berceo el primer poeta conocido en lengua castellana, con hechuras de juglar y, al parecer, gustador del buen vino de su tierra. Brindemos pues por tan grata efemérides.

## ***Free to all***

**Ignacio González de Santiago**

Cuando el pasado verano en el frontispicio de una gran biblioteca pública norteamericana, en letras de bronce, leí *Free to all*, “gratis para todos”, sentí que estaba ante el sentido más auténtico de lo que es y debe ser siempre una biblioteca pública. Lo que en ellas se custodia es gratis para todos, está ahí para que todos lo disfrutemos. Así, al margen de nuestro origen, situación, intereses, sexo, raza, condición social, todos en definitiva, podemos leer, escuchar, ver, navegar, sentir, el tesoro de conocimientos (defiendo que no existe el conocimiento inútil) que una biblioteca pública guarda. Y es que la biblioteca pública no posee nada: somos nosotros, sus usuarios quienes la poseemos con todos sus contenidos, sus saberes. Podemos entrar “a saco” para hacernos con todos. La biblioteca nos los custodia y cede generosa.

Y así, siendo gratis para todos, todos seremos libres. “Libre para todos”: esa es la versión que más me gusta de la inscripción. Porque es cierto: a mayor conocimiento mayor libertad. Y a mayor libertad y mayor conocimiento más disfrutaremos de la vida. Leyendo nos enriquecemos sin empobrecer a nadie: más bien al contrario, a mayor riqueza

particular, más riqueza general. ¿Se puede pedir más a una institución que aquello que da una biblioteca pública? Sabiduría y libertad, gratis, para todos.

Ahora que “la Berceo” cumple veinte años, además del correspondiente y cariñoso tirón de orejas, me sumo a la celebración con verdadero sentido festivo. Quien cumple años es felicitado, supongo, porque ha vivido, porque ha pasado hasta ese día por la vida repartiendo lo poco o mucho que cada cual puede repartir para los demás. Celebrar veinte años dando gratis y para todos conocimientos y disfrutes como ha hecho la biblioteca es motivo para una gran celebración y una no menos grande felicitación. “Biblio”, que cumplas muchos más, que nuestros ojos lo vean y que sigas tan entusiasta y generosa como hasta ahora.

# ***Bibliotecas y bibliotecarios***

**Jesús Carazo**

Cuando yo era un jovenzuelo ávido de exotismos, me gustaba acudir a la biblioteca del Espolón y pedir las memorias de algún explorador del continente africano, o de algún famoso cazador inglés. Casi siempre eran libros editados en los años treinta o cuarenta, libros que despedían un olor fuerte y añejo. Sus ilustraciones tenían la virtud de transportarme a todos aquellos lugares que me había propuesto visitar en cuanto me hiciera mayor. Recuerdo la gran sala tapizada de volúmenes y aquel silencio interrumpido regularmente por el chirrido de las puertas de batientes y los discretos lamentos del entarimado. Me serví de esas visitas para un episodio de *El soñador furtivo*, aquel donde el protagonista, mientras hojea un libro sobre África, imagina que la paz del recinto se ve bruscamente alterada por la fantástica irrupción de los seis altísimos masai que aparecen en una de las estampas.

En la universidad tuve un compañero que se pasaba las horas en la biblioteca, pero sufría un trastorno extraño y alarmante. Mientras leía, sus dedos reptaban hacia la parte

inferior del asiento y comenzaban a hurgar y menear algún clavo o tornillo con tal paciencia y tenacidad que al cabo de un rato conseguían extraerlo del agujero. El muchacho nos lo mostraba entonces con una mezcla de sorpresa y desolación, porque lo más curioso era que esos expolios se realizaban de manera inconsciente, como si la mano de mi compañero se desconectara temporalmente de su cerebro y buscara satisfacer por su cuenta sus devastadoras inclinaciones.

Confieso que después he frecuentado menos las bibliotecas. Suelo establecer con las obras literarias una relación intensa, pasional, que me obliga a subrayar frases y a añadir notas y admiraciones (o signos de interrogación) en los márgenes de las páginas. Como no me es fácil resistir a esos impulsos de crítico vergonzante, he tenido que renunciar a leer libros prestados.

A pesar de mis conflictos con la letra impresa, durante muchos años me atrajo la posibilidad de hacerme bibliotecario. Es la profesión que le adjudiqué a Germán, el protagonista de *Después de Praga*, una de mis novelas preferidas. Y es que siempre he pensado que, además de difundir el amor a los libros, las bibliotecas deberían ser el motor absoluto de las actividades culturales de una ciudad como la nuestra.

## ***De amores***

**Jesús Pérez Sáiz**

La última vez que estuve en la Biblioteca Pública fue ayer, en la «Gonzalo de Berceo». Di un taller de escritura relacionado con el mundo de la gastronomía, una más de las muchas actividades que organizan para que la gente vea y sienta esos lugares como espacios abiertos al intercambio y dispuestos a alimentar inquietudes. Y me interesa remarcar estos dos aspectos porque son esenciales en mi experiencia de las bibliotecas.

El primer recuerdo que tengo de una de ellas está relacionado con las chicas, con una en concreto que me hacía pensar en las manzanas de mi padre. Yo la veía solo en época de exámenes, cuando teníamos que ir a la biblioteca de la universidad para alejarnos del frigorífico de casa, la tele, la cama y otras tentaciones que prefiero obviar. Estudiaba, estudiábamos los dos, pero nos mirábamos bastante a menudo. No sé, había algo entre nosotros, eso lo puedo asegurar, pero no puedo concretar más porque al año siguiente, antes de que pudiéramos hablar, ella desapareció.

Desde entonces he pisado muchas bibliotecas, en Villadiego, en Burgos y en Madrid —me gustaba la del Ateneo—. También en Bolonia, tanto en la Universidad como en el

Colegio de España, una biblioteca preciosa en la que tuve noticia de un paisano mío, Gonzalo de Villadiego, que en 1485 escribió el primer tratado de la historia sobre derechos diplomáticos, el *Tractatus de Legato*. He estado —gracias, Andrea— en la Biblioteca Malatestiana de Cessena, fundada en el siglo xv, y en la que aún parece que hay frailes pintando incunables al minio, y he investigado en la Biblioteca del Congreso, en Washington, D.C., un lugar que es una mezcla de templo del neo-Renacimiento y un castillo imaginado por Kafka.

Tras ellas, he vuelto a descubrir las bibliotecas de Burgos, la del Principal y la «Cervantes», donde mi amiga Florinda me ha enseñado estudios sobre los primeros libros editados en Burgos, y la «Gonzalo de Berceo», que me ha puesto en contacto con Apicius, autor en el siglo I de *De re coquinaria*, que es el primer tratado de gastronomía que se conoce.

Así es que sí, para mí las bibliotecas siguen ligadas a eso que he encontrado siempre en ellas, algo relacionado con manzanas y también con descubrimientos que han enriquecido mi vida.

# *Un cuerpo en ningún lugar*

**José Gutiérrez Román**

La última vez que estuve en la Biblioteca Pública del G-9 me ocurrió algo raro. Primero llevé al colegio a Lara. Ese día, no sé por qué, me entretuve hablando con la madre de otra niña, así que cuando llegué a la biblioteca los jubilados ya habían copado toda la prensa. Como la sala de lectura estaba llena, decidí darme un garbeo por la zona de préstamo de libros en la planta baja. No buscaba nada en concreto, sólo pasar el rato. Una vez allí me acordé de esa autora que salió hace poco en la tele y pensé que podía aprovechar y llevarle uno de sus libros a Susana (desde que me quedé en paro y a no se compra libros, dice que no nos lo podemos permitir, aunque sería más apropiado formularlo en singular, pues yo nunca he sido un gran lector). Mis visitas a la biblioteca durante este último año han tenido como única finalidad revisar las pocas ofertas de trabajo que salen en el *Diario* y en *El Correo* y, sobre todo, evitar que se me venga la casa encima en estas interminables mañanas. Ese gesto de llevarle un libro me ayudaría a limar, además, algunas asperezas que habían surgido entre nosotros últimamente.

Me acerqué hasta las estanterías donde se encontraban las obras de la famosa novelista, pero una vez allí decidí elegir al

buen tuntún cualquier libro. Incliné mi cabeza para leer mejor los títulos y paliar su verticalidad, deslicé el dedo índice por sus lomos como si estuviera buscando la tecla de un piano y, ¡zas!, de repente me paré en seco: *Un cuerpo en ningún lugar*. Ése era el elegido, como por mandato divino, o simplemente porque me sentí identificado con esa imagen de estar aquí pero no pertenecer a nada ni a nadie, algo que no sabría explicar. Al marcharme, en el mostrador de préstamo, me encontré de nuevo con la madre de la amiguita de Lara (y juraría que me sonrió de un modo diferente al de otras veces).

Susana agradeció el libro, aunque dijo que no sabía si podría sacar tiempo para leerlo, entre tanto trabajo y la niña... Yo llevo tres días sin pisar la biblioteca, entregado a la lectura, y sin saber qué va a ser de mí cuando acabe la novela.

## ***La biblioteca de Epi***

**José María Izarra**

En 1968, Epi, a despecho de su corta edad, ya era un asiduo de la biblioteca de su pueblo, sita en el edificio del teleclub, justo encima de la sala donde estaba la televisión. Normalmente, pedía *Dumbo*; le gustaban, sobre todo, las historietas protagonizadas por el tío Gilito, avaro del oro y los dólares, a quien intentaba emular atesorando las chapas de los cuartos y quintos de cerveza, fundamentalmente de Mahou, El Águila, El León y Gulder, y de los botellines de refrescos, sobre todo de kas, Coca-Cola y, en menor medida, de Fanta, Orangina, Trinaranjus y Schweps; chapas que escondía debajo de una tabla hueca, en el suelo del desván. De vez en cuando, también pedía la revista *Aguiluchos*, entonces impresa a dos tintas, negra y verde, en formato de bolsillo, dirigida a niños y adolescentes, y editada por los misioneros combonianos. De esta, le interesaba, especialmente, el cómic del capitán Centollo, caballero andante, grande y orondo, y su escudero Meollo, pequeño y delgado como una sílfide. Desternillantes.

Tan aplicado se mostraba Epi en tales lecturas, que la bibliotecaria, doña Domi (muy pálida ella, muy derecha y muy pintada, e invariablemente de negro; parecía una

gótica de hoy en día) se fijó en él.

—¿Cómo te llamas, majo?

—Epifanio, señorita.

—¿Y cuántos años tienes?

—Nueve, señorita.

—¡Huy, nueve ya! —se llevó las manos a la cabeza. Y añadió a continuación—: Tú ya tienes que empezar a leer cosas más serias.

—Sí, señorita.

Al día siguiente, como de costumbre, Epi acudió a eso de las seis de la tarde al teleclub, bordeó la sala de la televisión y subió por la escalera a la primera planta. Rellenó la papeleta de pedido: *Dumbo*, nº 15. Se la entregó a doña Domi. Esta la miró sonriente, y acto seguido, la rompió en cuatro pedazos. Luego, se acercó a un estantería y extrajo un libro.

—Toma —le entregó un tomito de tapas azules—, empieza por éste.

—Bueno —se encogió de hombros el niño.

De inmediato, se sentó en su sitio habitual y comenzó a hojearlo. No había ni un solo dibujo. Por lo que pudo colegir, aquel libro trataba del Glorioso Movimiento Nacional.

No volvió a visitar el local.

Ese mismo año pidió a los Reyes que le echaran una biblioteca con toda la colección de *Dumbo*. Su padre le replicó que eso costaba mucho dinero, traicionándose sin querer al desvelar implícitamente el secreto de que los Reyes Magos no existían.

—Padre, no se preocupe usted. Guardo un tesoro en el suelo del desván —adujo Epi, traicionándose, asimismo sin querer, al desvelar implícitamente el secreto de que ya sabía que los

Reyes eran los padres.

Los Reyes lo traicionaron, como siempre. Le trajeron dos libros: *Marcelino pan y vino* y *Hombrecitos*.

## ***(Adolescencia) Del Espolón a San Juan***

**José María Plaza**

Algunos viajeros tendemos a mirar hacia atrás un instante para coger impulso y retomar el camino con más ímpetu y el paso firme. Cuando esto sucede, la imagen que me llega casi siempre —en esa mirada retrospectiva— es la de Burgos; y si afinó la vista, se me dibuja el Paseo del Espolón. No ha de resultar extraño, ya que allí se armó mi adolescencia, esos años en el que los chicos y las chicas éramos dos planetas desconocidos pero, por no sé qué ley de gravedad o atracción, tendíamos a encontrarnos, o más bien, a buscarnos como si fuésemos líneas paralelas. El Espolón, que, después de recorrer medio mundo, considero uno de los paseos más hermosos que he visto nunca, era el lugar de nuestros torpes itinerarios.

Los chicos de la Merced, las chicas de las Damas Negras y los chicos y las chicas del instituto Cardenal López de Mendoza nos mezclábamos bajo el arco de aquellos árboles que tenían enlazadas sus ramas, algo que tal vez perseguíamos nosotros, como una meta y un sueño. Como brazos que nunca llegaban a rozarse. Al decir “nos mezclábamos”, se quiere indicar “nos seguíamos”, “nos espiábamos”, “nos deseábamos”, “nos desencantábamos”... Téngase en cuenta que entonces los

chicos y las chicas estudiábamos en colegios distintos, y lo de las clases mixtas ni siquiera era imaginable. Es normal que las chicas nos pareciesen algo así como marcianas, hermosas y deseables, pero especies desconocidas aún por aprender y conquistar.

Estos recuerdos sentimentales no me están alejando del tema que nos ocupa, que es la biblioteca pública. En el Espolón, en mitad del Paseo del Espolón, en el edificio donde hoy está la sala de arte Consulado del Mar, había una biblioteca, que no sé si entonces era la única de Burgos. Para nosotros era *la biblioteca*. Y lo era, porque la visitábamos, y la visitábamos porque las chicas subían allí, al primer piso, a consultar enciclopedias o coger algún libro para leer. Nosotros las seguíamos a un cierta distancia y nos sentábamos en la mesa de al lado o en la de enfrente a jugar con la posibilidad del encuentro hasta que la bibliotecaria, huesuda, anciana y de mal humor, nos echaba la bronca o nos expulsaba directamente. Pero un día, aquella bibliotecaria con moño y aire de inspector desapareció y en su lugar (sólo por una semana) llegó una chica joven y casi minifaldera, ya que enseñaba toda la rodilla, y nosotros decidimos visitar la biblioteca por nuestra cuenta.

Los escritores no contamos nuestra vida, pero retazos de nuestra historia, debidamente macerados por la literatura, se nos cuelan en las novelas. Este incidente de la joven bibliotecaria, y lo que sucedió después, está recreado en mi novela *Me gustan y asustan tus ojos de gata* (Planeta). En esa biblioteca descubrí un día, como si fuese una revelación, el librito *Epigramas*, de Ernesto Cardenal, que tomé de la estantería, abrí al azar y apareció, como si supiera de mi

desencanto y necesidad, un poema que todavía hoy sigue siendo el bálsamo de Fierabrás para los corazones lesionados: “Al perderte yo a ti, tú y yo hemos perdido...”. Estos versos los recogí luego en mi antología *De todo corazón. 111 poemas de amor* (SM). Y si lo cito es porque cuando hablo de la poesía en los colegios, casi siempre hago mención a ese rayo de sol que se coló por el cristal y me llevó directamente al libro, al libro que necesitaba en esos momentos.

Como se aprecia por este par de anécdotas, la biblioteca, y más en concreto, la Biblioteca del Espolón, sigue muy presente en mí, tanto en mis recuerdos como en mi obra en marcha. Ese lugar se cerró. Años después se construyó la Biblioteca Provincial en la Plaza de San Juan, a la que acudía con o sin amigos, pues ya me había acostumbrado a moverme entre estantes y volúmenes, y aquel paisaje me resultaba familiar o, cuando menos, cercano. De esta biblioteca guardo anécdotas y recuerdos que aún no he reflejado en ningún libro, pero llegarán. Y no sólo de ella, sino de su prehistoria, del lugar en donde está asentada, que fue el espacio en el que se enredó y movía mi infancia.

Mis amigos y yo vivíamos en la *plazoleta*, donde se juntan la calle La Puebla y San Juan, y, como buenos hijos de nuestro tiempo, estábamos todo el día en la calle, cruzábamos el arco (a veces nos santiguábamos delante de la Virgen) y nos íbamos a corretear alrededor de las ruinas del antiguo hospital, que es donde después se levantó Biblioteca. Allí nos subíamos a los árboles, íbamos de rama en rama conquistando el espacio, y también, recolectábamos tila que luego vendíamos por una peseta en una droguería para invertir en alquilar tebeos de *El capitán Trueno* y *El cosaco*

*verde* en la tienda de chucherías del arco; tebeos que nos intercambiábamos, aunque estaba prohibido, y leíamos con las piernas al aire en el cauce del río, de cara a ese terreno ruinoso que luego albergaría, y alberga tantos y tantos libros, incluidos, algunos de los que yo he escrito.

## ***Donde la vida más empuja***

**Juan Carlos Pérez Manrique**

La última vez que visité la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» lo hice como se visitan en las ciudades a las que se llega: las estaciones, los mercados, algunos comercios, los cafés y restaurantes, los parques y plazas públicas... todos esos lugares en los que uno sabe que el pulso late y se desenvuelve más vida porque es allí donde la vida se arremolina y más empuja.

Como en las terminales de los aeropuertos, en la biblioteca había gente mirando continuamente los paneles que indican viajes. No figuraban puntos de origen ni horarios de llegadas que finalmente cada uno elegiría según quisiera sin que, curiosamente, eso generara ningún problema de circulación, sino que en los paneles solo había propuestas de destinos y posibles compañeros de viaje que, tanto en un caso como en otro, parecían interminables. Innumerables propuestas no solo limitadas a cualquiera de los lugares conocidos de nuestro mapa, sino también para visitar otros mundos posibles y otras épocas con la oportunidad de viajar solo o, sin coste adicional, en compañía de admirados héroes, creadores o sabios que nos descifran y nos descubren. O también junto a aventureros, o junto a personajes ruines o al lado de aquellos

que pueden vivir vidas totalmente distintas de las nuestras y nos muestran así cuantas cosas existen al margen de uno facilitándonos distanciarse y descansar del fatigoso “yo”.

De forma similar a como en los mercados, en la Biblioteca había gente circulando en busca de lo que pudiera servirle para mejor “alimentarse” durante las inmediatas fechas, decidiendo pacientemente los productos a elegir y que, tras su consumo, inevitablemente pasan a formar parte del propio cuerpo; de la estructura que, en el día a día, reconfigura la identidad de cada cual.

Como en algunos comercios, en la biblioteca había gente con la seguridad del que va a obtener al momento aquello por lo que ha acudido con determinación porque precisa resolver una necesidad o un deseo inmediato; de la misma forma que había gente también con el cansancio propio del indeciso que en el deambular de la indecisión se consume.

Como en los cafés, en la Biblioteca había gente ocupando espacios para la relación y la conversación, espacios preparados para eso en zonas comunes donde palabras, amistades y amores brotan, además de en los clubs de lectura, en los forum, en tantas actividades... Y como en los restaurantes, igualmente había personas degustando platos especiales seguramente de noticias, poemas, cortos relatos, fragmentos musicales, películas o información de internet, todo ello cocinado de muy diversas maneras y servido en una gran variedad de vajillas de texto hondo o de texto llano.

Como en los parques y plazas públicas, en la biblioteca había gente disfrutando del aire cálido de los cálidos atardeceres; escuchando o imaginando el murmullo de las hojas, el sonido del agua o el canto de los pájaros, parte,

tantas veces, del paisaje de muchas de las más bonitas páginas. Y como en los parques, en los niños también había la alegría de la presencia deseada o del movimiento en ese entrar y salir continuo capaz de convertir en juego, como siempre, cualquier instante presente.

La última vez que visité la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» me inundó la impresión de estar en un sitio en el que la vida se arremolina, donde la vida más empuja.

# ***Libros y bibliotecas***

**María Jesús Jabato**

La última vez que estuve en la Biblioteca Pública... Así debe comenzar este artículo por exigencias del guión y así comienza, pero escritas las nueve palabras reglamentarias me tomo la licencia de irme por las ramas, a las copas de los árboles, que es donde según Juan Ramón Jiménez deben leerse los libros.

En las bibliotecas públicas, incluso en las más modestas, se respira solemnidad. Los libros se alinean como un ejército en formación, se clasifican por materias, por autores, por orden cronológico; todo está contado y medido, todo oficializado, etiquetado, sujeto a control. La biblioteca de cada uno es otra cosa. A lo largo del tiempo vamos acumulando ejemplares y llega un momento en que su conjunto dice tanto de nosotros que no se puede mostrar la biblioteca sin pecar de cierta impudicia, pues los libros que tenemos nos desnudan a la vista de los demás, muestran cómo somos y cómo no somos, delimitan las fronteras intangibles de nuestro mundo intelectual. No los hemos leído todos, claro que no; tampoco pensamos hacerlo aunque vivamos cien años, porque estamos con Álvaro Mutis, que defiende que hay demasiados libros como para perder el tiempo leyendo lo que no interesa. Pero

al calor de la paja de los que no leeremos jamás, están los libros que nos han deslumbrado, los que nos han conmovido, los que nos queman una y otra vez con su fuego, los que hemos maltratado anotando en sus márgenes, subrayándolos, marcándolos, doblando las puntas de sus hojas para volver sobre ellas, los que hemos desencuadernado de tanto abrirlos para reconocernos en sus páginas, los libros vivos e imprescindibles que leemos como si fueran los primeros y los últimos de la creación.

Las bibliotecas, también las públicas, comienzan con austeridad, con un ejemplar de *El Quijote* y otro de *El Principito*, pero los libros nos van colonizando, van ocupando estanterías y espacios, formando parte de lo que se pesa, se cuenta y se mide, aunque entre todos ellos solo importan los que leemos en la copa de los árboles.

## ***Homenaje de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo»***

**Moisés Pascual Pozas**

La Castilla rural de los cincuenta y primeros sesenta nos trae imágenes de hombres tocados con boina o sombrero de paja, encorvados, segando con la hoz o el dalle, y de caballos y bueyes girando trillos en una parva que era un sombrero de ala ancha y alisada. Las mujeres se rebozaban en el luto, *¿Que es casar, madre? Hija, trabajar, parir y llorar*, y los niños jugaban al fútbol con flácidas pelotas de goma, corrían rodando aros o se buscaban y escondían en los recovecos de la paja y el adobe. También mataban pájaros y disfrutaban viendo copular a los perros, a los que ataban latas o teas improvisadas en las colas para hacer bueno aquel verso de César Vallejo, *español de puro bestia*. Niños sin libros que un día vieron cómo alguien llegaba al pueblo portando un aparato que tenía un nombre jamás oído: el cinematógrafo. Y los niños abrieron la admiración de sus bocas y se adentraron en la tierra de la fantasía. Y había perros que ladraban a la noche, y cepos disimulados en la nieve, y cazadores de escopeta y galgo y liga traicionera, y negreaban los surcos de hambre y las maletas de cartón se fueron camino de otras tierras donde las hablas sonaban como el rodar de las piedras

o el fluir del agua en riachuelo de primavera.

En el pueblo donde me crié había todo eso, y una taberna, y una iglesia, y una escuela, pero era un pueblo con "tantos libros" al alcance de los ojos que cabían en una media fanega. Si se hubiese hecho un listado de títulos, hubiéramos encontrado alguna enciclopedia, catecismos, novelas del oeste, biografías de santos, puede que un atlas, varios *Calendarios Zaragozanos* y, tal vez, un viejo *Quijote* en una edición reducida, con ilustraciones quién sabe si del mismísimo Gustave Doré. Los niños vivíamos en una oralidad sin juglares y, muy de tarde en tarde, como cordero en Pascua, llegaba de la ciudad algún tebeo.

La primera biblioteca que conocí la creó de la nada el cura del pueblo. Consistía en una colección titulada *Ardilla* y por una perra gorda te prestaba un ejemplar. Recuerdo alguna leyenda de Bécquer e historias de la División Azul.. Más tarde, en el seminario, hablando con precisión, apostólica, encontré la segunda biblioteca, ideológicamente entresacada, pero no exenta de textos muy válidos, como *Robinson Crusoe* o *Los cuentos de los Hermanos Grimm*. Durante la comida y la cena un alumno de los últimos cursos, uno distinto cada semana, leía subido a un púlpito mientras los demás comíamos atentos o desatentos a la historia, pero en silencio. La lectura nos ayudó a sortear los pasos de un vía crucis de tapias, sabañones, misas, rosarios, lentejas con cocos y la semilla nefasta del sentimiento de culpa por un simple estornudo.

En un viaje en carro a Burgos acompañando a mi padre, con el dinero de la hucha envuelto en un pañuelo bien atado a guisa de bolsa caminera, y a buen recaudo en el bolsillo de

los pantalones cortos, compré el primer libro de ficción, la *Iliada*, y en otra visita a la lejana y próxima ciudad adquirí e l *Romancero Gitano*, en la librería Cervantes, que se encontraba, si no recuerdo mal, en el Hondillo. Fue el inicio de la biblioteca personal, si bien por el Romancero Gitano pagué un alto precio: lo quemé bien asustado, puro canguelo, en la caldera de la calefacción, y fui castigado a confesión y arrepentimiento públicos, con una penitencia escatológica: limpiar los baños de los futuros apóstoles durante los recreos hasta el final de curso. Fuera ya de “los curas”, admiré la biblioteca del Instituto Cardenal López de Mendoza, en aquel entonces, biblioteca de ver y no tocar. Antes de que funcionara la de la plaza de los tilos cortados en un amanecer negro, solíamos ir a la del paseo del Espolón. No era imposible consultar libros o sacarlos a préstamo, pero porfiando un día sí y otro también con un personal gruñón. Ya en la universidad, esa penuria desapareció, aunque determinados libros solamente se conseguían en las trastiendas de algunas librerías a peso de oro.

Fue por aquellos años cuando el Gamonal actual, merced al recién creado Polo de Desarrollo Industrial, despegó movido por la codicia y el mal gusto. Los campesinos emigraron mayoritariamente a este barrio de la ciudad y, poco a poco, fueron desprendiéndose de su piel labriega y conservadora para adentrarse en la dinámica del proletariado urbano. Barrio lleno de limitaciones tuvo que conquistar el espacio público y luchar por unos servicios que un urbanismo demencial y una insensibilidad política, cuando no el desprecio, le usurpaban. Es precisamente en este contexto donde nace la Biblioteca Gonzalo de Berceo. Y su labor está

ahí, desafiando mentes ruines y oreando pana con olor a naftalina. Libros, material audiovisual, un desempeño ágil y amable al servicio de personas con pocos recursos económicos, pero sobradas de interés por la cultura, biblioteca a imagen y semejanza de la admirable tradición anglosajona donde no se concibe un barrio, una escuela... sin una "Library". Ya el nombre de Berceo es un referente, y no solo por su adscripción a los albores de nuestra lengua, sino por una admonición ética y un consejo de lo que debe ser la comunicación y el estilo, y ya sabemos que el estilo es el hombre:

*Los omnes soberbios que roban los mezquinos/ que les tuellen los panes e les beben los vinos/ andarán mendigando corvos, como onzinos,/cuntirán eso mismo a los malos merinos.*

*Quiero fer una prosa en román paladino/ en qual suele el pueblo hablar a su vezino.*

*O tempora, o mores.*

Aseguran que casi la mitad de los españoles no lee un libro al año. Uno se pregunta el porqué de este secular rechazo a la cultura y al conocimiento, siempre sospechosos o vistos como adornos superfluos precisamente por aquellos que más debieran apoyarlos. En esos momentos, una nube de melancolía me envuelve como neblina que confunde o borra el contorno de los objetos que nos sitúan en el espacio. Pero entonces recuerdo al niño que fui, y mi alegría al hojear la *Iliada*, y siento agradecimiento y admiración por todas las personas que hacen posible que existan bibliotecas públicas y despiertan la curiosidad con actividades paralelas, aunque el optimismo se quiebre cuando nos preguntamos si la cultura nos hace mejores y más felices. Para muchos el estudio es

simplemente un medio de promoción y no una curiosidad permanente, de manera que una vez terminada la carrera, o la oposición, los libros se convierten en meros objetos arrinconados en un desván o, en el mejor de los casos, en adorno de estantería. Y como para muestra basta un botón, se cuenta de cierto regidor al que, en la inauguración de la Feria del Libro, un periodista ingenuo o malicioso, le pidió que le dijera el título del último libro que había leído, y el alcalde, balbuceando en un largo y rasposo silencio, le respondió que el Plan General de Ordenación Urbana. Pero hay gente que sigue leyendo, estudiando, y cuya vida nada tiene de ejemplar. A menudo me pregunto qué sentían los inquisidores que habían leído a San Juan de la Cruz cuando condenaban a los judíos y herejes a la hoguera, qué alma de monstruo habitaba en aquellos generales nazis que escuchaban un concierto de música clásica mientras las chimeneas cercanas ondeaban columnas de humo. ¿Eran ellos mejores que los arrastrapajas de Berceo?, me pregunto, y me pregunto si la cultura es un arma que también destruye y no un zigzag de luz en la oscuridad, un bálsamo que alivia nuestro peregrinar por el tiempo o una mano tendida al necesitado. En el fondo, me digo, eran hombres de un solo libro, y ya se dijo aquello de teme al hombre de un solo libro. O, simplemente, el conocimiento potencia a todos los Jekyll y Hyde que habitan este mundo. Y nuevamente regreso a la infancia, y a mi libro preferido, la *Odisea*, y me veo sin verme en la biblioteca «Gonzalo de Berceo» de Gamonal, navegando por el mar color de vino, y doy gracias a la persona que me entregó el libro, aunque, al salir sienta tristeza porque la fachada, como que se está poniendo fea,

¿qué me dice? Eso parece, pero seguro que regresará Ulises y  
flecha a flecha enviará al Hades a todos los que bebían su  
vino, comían su pan y deseaban a Pénélope.

## **Veinte años**

**Óscar Esquivias**

Soy dueño de miles de libros y discos, pero no los tengo en casa. Están en las bibliotecas públicas de Burgos. Por supuesto, comparto esa fastuosa posesión con todos mis vecinos, y eso es algo que me hace sentirme muy orgulloso de mi ciudad: allí, en esos edificios simpáticos que carecen de taquilla y en los que sólo se exige a los usuarios delicadeza y buena educación, uno tiene a su alcance los *Diálogos* de Platón, la poesía completa de Garcilaso de la Vega, *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg, las *Lamentaciones del profeta Jeremías* de Orlando de Lasso o *Barry Lyndon* de Stanley Kubrick, por citar sólo algunas obras que figuran en el catálogo de la Biblioteca Gonzalo de Berceo. ¿Cómo no proclamarme millonario pudiendo disponer de tales tesoros? Hasta los periódicos, que son los textos impresos más humildes y efímeros que existen (como algunas mariposas, mueren a las veinticuatro horas de nacer) tienen su refugio en las bibliotecas, donde los lectores se disputan los ejemplares con ansiedad, como si quisieran practicarles los primeros auxilios.

En febrero de 2014 la Biblioteca «Gonzalo de Berceo», que es la biblioteca de mi barrio, cumple veinte años. Yo tenía

casi esa edad cuando abrió sus puertas. A ella le debo el conocimiento de muchas obras musicales, cinematográficas y literarias, así que estoy lleno de gratitud por su existencia y celebro su cumpleaños como una efeméride feliz de mi propia vida. Pero antes de que esta biblioteca abriera sus puertas, existieron en Gamonal otras dos que frecuenté de niño y de joven y que me gustaría rememorar brevemente. La primera estaba en la barriada Inmaculada, en unas dependencias hoy incorporadas al Colegio Marceliano Santa María. Era una biblioteca tan modesta que no tenía ni nombre propio, o al menos yo no lo recuerdo. Si cierro los ojos, puedo verme leyendo en las mesitas de los niños unos gruesos tomos titulados *Películas* que contenían tebeos de personajes de Walt Disney. También conocí allí las aventuras de Astérix y Tintín y pronto me aficioné a las novelas de Julio Verne y de otros autores aventureros (Dumas, Salgari, Stevenson, Carmen Kurtz) muy queridos por los niños de mi generación. Un libro me emocionó tanto que acabé llorando en las páginas finales. Nunca me había pasado algo así y creo que fui yo el primer sorprendido con aquellos lagrimones que me cruzaron las mejillas. Fue con las aventuras de Robin Hood (supongo que las escritas por Howard Pyle, no estoy seguro). También en esa biblioteca leí *El libro de las tierras vírgenes de Rudyard Kipling*, que el bibliotecario me prestó aunque estaba (Melvil Dewey sabrá por qué) en la sala de adultos, inaccesible para los niños. Fue un libro fundamental para mí: aunque Burgos no se parecía a la selva de la India ni mi vida a la de Mowgli, encontré en este personaje un alma gemela y todo lo que tenía que ver con él me conmovía profundamente.

Esta biblioteca cerró cuando se construyó la preciosa torre

que se levanta tras el viejo ayuntamiento de Gamonal, la Casa de Cultura, que disponía de una biblioteca en una de sus plantas. Puede que me equivoque, pero creo que allí no permitían llevar los libros a casa, porque me recuerdo leyendo siempre en la propia sala, que solía estar abarrotada de estudiantes y era un poco claustrofóbica, con unas ventanas selladas que no había forma humana de abrir. De todos los libros que leí en aquella época, recuerdo especialmente dos: *El Supremísimo* de Luis Ricardo Alonso (una divertida «novela de dictador» escrita por un autor que descubrí en aquellos años y cuyas obras buscaba incansable) y la *Genealogía de los dioses paganos* de Boccaccio, una obra erudita sobre mitología con la que resolví varios trabajos académicos.

Y luego llegó la Biblioteca «Gonzalo de Berceo». Desde el primer momento fue una institución abierta, moderna, que no encerraba sus fondos en sótanos inaccesibles sino que los dejaba a la vista del público. Uno podía pasearse por las estanterías llenas de libros o por los mostradores con vídeos y discos con la misma sensación de opulencia que el Tío Gilito en los tomos de *Películas* de Disney. En la «Gonzalo de Berceo» están muchas de mis obras favoritas. Algunas de ellas han desaparecido de los catálogos de las editoriales y de las librerías y hoy, en nuestra ciudad, sólo se pueden encontrar en Gamonal. Allí están, esperando una becqueriana mano de nieve que las haga revivir, la novela *La peste bucólica* de Alejandro Cuevas o el libro de cuentos *Viaje de invierno* de Charles Baxter, dos obras que adoro y les recomiendo con todo entusiasmo. Y junto a estos autores, los no menos dilectos Platón, Garcilaso, Ginzburg, Lasso, Kubrick... Lo dicho, soy

(somos) millonarios.

# ***El libro sabio***

**Pedro Olaya**

La última vez que estuve en la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» fue inolvidable. Sorprendente. Ya que como todos sabemos el tiempo es irreversible. ¿Por qué ese recuerdo? ¿Supone una excepción a la ley de la gravedad? ¿A las estrías que por unos instantes nos dejan suspendidos en una dimensión oculta, en los extremos confines de la existencia?

Permítanme narrarles el sueño que me aconteció con relación al asunto. Por desgracia a beneficio de inventario.

## **El libro sabio**

Un amigo me trajo un regalo de Houston. Una extraordinaria novedad: Un libro-televisor. Modesto de apariencia. Dotado de una virtud prodigiosa: Si alguien habla de nosotros, aunque esté a inalcanzables distancias, el aparato hace que lo veamos y oigamos. Si nadie habla de nosotros la pantalla del libro permanece apagada.

He de decir que no sentí nada, lo dejé encima de una de las estanterías de mi biblioteca. Excéntrico artilugio. La maledicencia, ya se sabe, muy cómodo y difundido es un deporte, uno de los pocos consuelos de muchos mortales.

Yo acostumbrado a ser amado y odiado. Escritor aislado. Siempre retirado, imaginaba ya los comentarios. Y, no me

hacía ilusiones, sabía que incluso los amigos en cualquier conversación no renunciarían a hacer sobre mí maliciosos sarcasmos. ¿Por qué amargarse inútilmente?

Pero el aparato estaba allí. Y un día el reloj marcaba las nueve y media, hora en que los amigos se abandonan a confidencias y maldades. Además esa mañana había aparecido en un periódico un artículo mío. Decidme cómo podría resistirme. Anduve rumiando el asunto media hora, luego lo encendí.

Permaneció inerte. Hasta que de repente vi a gente desconocida, luego aparecieron dos sujetos. Uno tenía sobre sus rodillas el periódico en el que había aparecido mi artículo. Y decía:

—No estoy de acuerdo. Yo lo he encontrado ingenioso, aparte que dice cosas que todos piensan, pero nadie se atreve a decir.

El otro meneó la cabeza como asintiendo.

Y aquellos dos desaparecieron, señal de que habían cambiado de tema.

Al poco rato la pantalla se volvió a encender. Aparecieron tres colegas de los cuales me había alejado. Se me aceleró el corazón. Me descuartizaran vivo.

—¿Ves? —decía uno—. Para mí es un gran texto, en su atmósfera de siempre, lleno de cowboys como elementos de hacer siempre épicas de los fracasos. Además: ¿Quién no tiene defectos? ¿Porque siempre hablar mal?

Me quedé extrañamente tranquilo.

Cuando me disponía a salir de mi biblioteca, el aparato se volvió a encender. Vi a mi tres queridos amigos, con los cuales cuando chicos compartí todos los ideales posibles, en la

época que desconocíamos las miserias de la vida.

Un escalofrío me recorrió.

—Me ha gustado mucho —dijo el más bajo. Mientras que el más alto, conocido por sus corrosivas afirmaciones, dijo:

—A mi también, sólo que el lector medio nunca va a entender tantas sutilezas...

Fui a la sala donde suelo escribir meditativo, me fumé un cigarrillo lentamente y pensé: Cómo es posible que mis queridos amigos se han enterado que yo poseo un libro-televisor con semejantes poderes para obrar en consecuencia. Será siempre para mí un absoluto misterio.

# ***Somos los libros que hemos leído***

**Ricardo Ruiz**

La última vez que estuve en la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» sentí la misma sensación que me produjo visitar por primera vez, siendo todavía un niño, una biblioteca. El inconfundible olor de aquel templo del saber, silencioso e intimidatorio, embriagaba de nuevo mis sentidos pasados tantos años. La misma sensación, tan reconfortante como amedrentadora, que sentimos cuando accedemos a un colosal edificio que empequeñece nuestra estatura física e intelectual. Deambular por los pasillos, estantes y anaqueles de una biblioteca nos permite asistir a un espectáculo donde los actores principales, los libros, nos invitan a participar en la fiesta de la escritura en un gigantesco escenario que se transforma en un santuario de conocimiento y emociones.

Hablar de la trascendental función que cumple una biblioteca se me antoja tan obvio como necesario. En mi caso, además, las bibliotecas jugaron un papel determinante en el despertar de mi vocación periodística y literaria. ¿Qué haríamos sin las bibliotecas, sin el vasto saber que atesoran y transmiten sus habitantes, los libros? La vida tendría otro valor, mucho más empobrecedor, triste y sombrío. Navegar por sus océanos de palabras, viajar por sus ríos de tinta o

caminar por sus bosques de letras nos educa, nos enriquece, nos consuela, nos reconforta, nos divierte y nos humaniza porque leemos para no estar solos, para conocer otras vidas, para soñar otros mundos, para explorar otras culturas, para hacer más soportable y menos mezquino este loco mundo.

Algún escéptico puede pensar que la lectura de un libro no nos hace más felices; quizás sea cierto, pero no menos cierto es que leer nos hace menos infelices porque los libros estimulan nuestra vocación soñadora, nuestro afán de búsqueda de la belleza y nuestro sentido crítico frente al omnímodo poder político y económico que pretende estrangular nuestra capacidad de pensar, de discernir o de soñar.

Somos los libros que hemos leído. Gracias a las bibliotecas y a su impagable contribución a la divulgación de la lectura, los libros nos ayudan a vivir, a ser más humanos, a ser más libres. Celebrar el aniversario de la Biblioteca «Gonzalo de Berceo» es un motivo de gozo y satisfacción. Feliz cumpleaños y que cumplas otros 20 años más, por lo menos.

## ***La isla del tesoro***

**Rodrigo Pérez Barredo**

La última vez que estuve en la Biblioteca Pública me convertí en el niño que lo hacía por vez primera: una criatura súbitamente fascinada que se adentra con sigilo en un mundo mágico que puede ser una isla desierta, las entrañas de la tierra, la bodega de un barco pirata, el corazón de una jungla misteriosa, la buhardilla de un Londres neblinoso, la superficie de la luna, un versallesco jardín, un torreón con grilletes o las ocultas ruinas de una ciudad perdida. Nadie se extrañó al ver a una criatura tan pequeña deambulando entre los estantes, olisqueando con su naricilla curiosa aquella mercancía de promesas. Con cuidado, sintiéndome invisible, recorrí los anaqueles como aquella primera vez, acudiendo con manos temblorosas a la llamada de los volúmenes más sugerentes. Libros de todos los tamaños y colores se iban apareciendo ante mí como visiones alucinantes, y la avidez de mis ojos quería abarcarlos todos. Con mimo, sintiéndome libre, fui conquistándolos uno a uno, hollando sus hojas latentes, cálidas y suaves como la piel de una criatura recién nacida. Las obras de Salgari me dejaron salitre en las manos y varios zarpazos en la cara. Los libros que hallé de Verne me hicieron ver las estrellas, arder como

un volcán y conocer los misterios del fondo del mar. Acaricié el lomo plateado de un lobo de la mano de Jack London, lancé arponazos desde el Pequod y me batí en duelo a las afueras de París. Fue un rato intenso, trepidante, que pasó desapercibido para quienes compartían espacio conmigo, aunque he de suponer que todos ellos estaban viviendo experiencias similares: creí ver a Tom Sawyer corriendo por el pasillo y a Edmundo Dantes liberarse de unos grilletos y escapar a la fuga. Sentí mi respiración fatigada y me apoyé en un estante para descansar. En una biblioteca todo es posible, incluso los sueños. Ya la tarde había claudicado y la noche, afuera, iba abriéndose paso, cuando subí a bordo de la Hispaniola, que iba con rumbo fijo y la acostumbrada tripulación de piratas, con John Silver al timón. Las olas nos zarandeaban, y me calé hasta los pies. En la isla conseguí librarme de aquellos malencarados bucaneros y con el bueno de Ben Gunn vi con mis propios ojos el codiciado tesoro. Antes de que quisiera darme cuenta la biblioteca se había ido deshabitando. Apenas quedaban ya sus trabajadores y algunos pocos naufragos soñadores como yo. Era la hora de marchar. Me encaminé despacio hacia la salida y me despedí amablemente. Nadie debió percibir mi nerviosismo. Tampoco repararon en mis ropas empapadas. Y menos aún en el hecho singular de que saliera de la biblioteca con un loro apoyado en el hombro. Cuando alcancé por fin la calle, fue divertido escuchar al pequeño y juguetón Capitán Flint cacarear: “Quince hombres sobre el cofre del muerto ¡ho-ho-ho! Y una botella de ron”.

Esta obra se terminó de editar en formato electrónico  
con motivo de la celebración en Burgos de la  
**XXXVIII Feria del Libro**  
del 30 de mayo al 8 de junio de 2014.